

El teorema de la trinidad civilizada

I. Del método y sus preámbulos

El día en que Don Amadeo descubrió el documental sobre Pasqual Maragall, la televisión de su salón sintonizaba una modesta cadena autonómica que solía rellenar las tardes con lo que su esposa, Felisa, denominaba «tragedias ejemplares». Aquella tarde, sin embargo, la pantalla no mostraba una desgracia común, sino una revelación científica y metodológica. Amadeo vio al carismático político enfrentarse a los primeros rigores del olvido y, por encima de todo, quedó fascinado por un axioma clínico que se repetía como un mantra litúrgico: *bicicleta, cuchara, manzana*.

Para un hombre que había dedicado cuarenta y dos años de su vida a la auditoría de cuentas y a la clasificación alfabética de legajos ministeriales, aquellas tres palabras no eran un simple test de diagnóstico neuropsicológico. Eran una estructura. Un puente de tres pilares tendido sobre el abismo de la disolución mental.

—Felisa —anunció Amadeo esa misma noche, mientras apartaba la sopa con una precisión milimétrica—, el cerebro es un negociado mal administrado. Si no se le imponen inventarios estrictos, termina declarándose en quiebra técnica sin previo aviso.

—Cómite la sopa, Amadeo, que se enfría —respondió ella, habituada a los decretos existenciales de su marido.

—No es una ligereza, mujer. A partir de mañana, implementaremos el protocolo Bosch-Maragall. Tres palabras. Solo tres. Si en algún momento de la jornada soy incapaz de evocarlas en su orden exacto, procederemos a la liquidación de mis bienes y a mi internamiento voluntario en un sanatorio que tenga, preferiblemente, una buena biblioteca de clásicos franceses.

Felisa suspiró. Conocía el temperamento de su consorte; un hombre capaz de reñir al cartero por un desfase de dos minutos en el horario de entrega no iba a tomarse a la ligera la soberanía de sus propios hemisferios cerebrales.

II. La taxonomía del orden

A la mañana siguiente, el protocolo entró en vigor con la rigurosidad de un edicto imperial. Don Amadeo comprendió pronto que el peligro de la prueba residía en la familiaridad. El cerebro, astuto y perezoso por naturaleza, tiende a automatizar las respuestas mecánicas, vaciándolas de significado. Para evitar que *bicicleta, cuchara, manzana* se convirtiera en un estribillo inútil, Amadeo decidió aplicarles el rigor de la hermenéutica.

Cada mañana, al despertar, se sentaba al borde de la cama, cerraba los ojos y procedía a la reconstrucción mental del primer elemento. No pensaba en cualquier velocípedo; imaginaba una bicicleta de paseo, marca *Orbea*, de color verde botella, con el faro delantero ligeramente desviado hacia la izquierda y una dinamo que emitía un quejido asmático al

rozar la cubierta. Solo cuando el metal y el caucho virtuales quedaban perfectamente ensamblados en su imaginación, pasaba al segundo término.

La cuchara requería una atención más delicada. No admitía las de plástico de los establecimientos de comida rápida, ni las de madera que Felisa empleaba para el guiso. Debía ser una cuchara de plata de ley, de la cubertería de la abuela Clementina, con las iniciales grabadas en el reverso del mango, desgastadas por tres generaciones de caldos dominicales. Amadeo repasaba mentalmente el frío del metal contra el labio inferior y el peso específico del utensilio.

Finalmente, la manzana. Descartada la variedad *Golden* por su excesiva simetría industrial, se decantaba por una reineta. Visualizaba su piel rugosa, moteada de marrón impreciso, con ese aroma ácido que anticipa la madurez y un rabillo corto y leñoso que se resistía a desprenderse.

Una vez completado el bodegón mental, Amadeo abría los ojos, miraba a su esposa y decía:

—El inventario está conforme. Podemos proceder al desayuno.

III. Las complicaciones del sistema

Durante los primeros tres años, el sistema funcionó con la precisión de un cronómetro suizo. El humor de Don Amadeo, habitualmente saturnino, mejoró de forma notable. Se sentía un atleta de la memoria, un Ulises burlando al cíclope del olvido mediante el uso estratégico de la logística doméstica.

Sin embargo, la realidad siempre guarda una ironía zafia para los amantes del orden absoluto. El primer contratiempo ocurrió durante una revisión rutinaria con el doctor Mendieta, el neurólogo del distrito, un hombre de facciones cansadas que medía el tiempo en recetas dispensadas.

—A ver, Don Amadeo —dijo el médico, repasando el historial sin levantar la vista—. Vamos a hacer una pequeña prueba de rutina. Le voy a decir tres palabras y quiero que las repita dentro de unos minutos. ¿De acuerdo?

Amadeo sonrió con la suficiencia de un catedrático ante un alumno de bachillerato.

—Dispare, doctor.

—Anote mentalmente: *Coche, tenedor, plátano*.

El mundo de Don Amadeo sufrió un sismo de escala imperceptible pero catastrófica. Las tres palabras ajenas irrumpieron en su santuario mental como vándalos en un museo. ¿Cómo se atrevía aquel burócrata de la salud a alterar la trinidad sagrada del documental? ¿Dónde quedaba la épica de Maragall? ¿Qué clase de modernidad bárbara pretendía sustituir la nobleza de la bicicleta por la vulgaridad de un automóvil?

—No —dijo Amadeo rotundamente.

—¿Cómo que no? —preguntó el doctor Mendieta, pausando el bolígrafo en el aire.

—Me niego a aceptar esos términos. Son espurios. Carecen de base cinematográfica y de peso moral. Mi mente se rige exclusivamente por el decreto de la bicicleta, la cuchara y la manzana. Si empezamos a admitir cubiertos tridentes y frutas tropicales indomables, el sistema colapsará antes del mediodía.

El doctor Mendieta miró de reojo a Felisa, quien hizo un gesto vago con la mano, una mezcla de disculpa y resignación milenaria.

—Bien —suspiró el médico—. Apuntaremos «rigidez cognitiva leve»... pero repítame las tuyas, por favor.

Amadeo se enderezó en la silla, aclaró la garganta y, con la solemnidad de quien recita los diez mandamientos, declaró:

—Bicicleta, cuchara, manzana. En ese orden, sin aditivos ni sustitutos.

IV. La paradoja del exceso

El verdadero problema de los métodos perfectos es que tienden a la hipertrofia. Obsesionado con la posibilidad de que el olvido encontrara una fisura en su muralla, Don Amadeo empezó a expandir las defensas. Para proteger las tres palabras principales, decidió que necesitaba palabras de seguridad secundarias, una suerte de escolta lingüística.

A la bicicleta le asignó el guardabarros, los radios y la cadena. A la cuchara, la sopera, el paladar y el brillo. A la manzana, el gusano, la gravedad y el paraíso.

Para el cuarto año del protocolo, la mente de Amadeo se había transformado en un catálogo monumental de objetos cotidianos interconectados. El proceso de verificación matutina, que antes tomaba apenas treinta segundos, ahora requería casi dos horas de intensa concentración intelectual. Amadeo se despertaba a las seis de la mañana y no podía levantarse hasta las ocho y media, atrapado en la tarea de pulir conceptualmente cada radio de la rueda trasera de su *Orbea* mental y asegurarse de que la acidez de la reineta imaginaria no hubiera variado respecto al día anterior.

—Amadeo, tienes que bajar a por el pan —le decía Felisa desde el pasillo.

—No puedo ahora, mujer —respondía él desde la penumbra de las sábanas, con el ceño fruncido—. Estoy ajustando el grabado barroco en el mango de la plata. Si pierdo el contraste del relieve, la cuchara podría ser confundida con un cucharón de servicio, y eso alteraría el volumen del almacenamiento cortical.

El humor de la casa se volvió tenso, teñido de un absurdo kafkiano. Amadeo ya no recordaba el nombre del panadero, ni dónde había dejado las llaves del coche, ni el aniversario de bodas, ni si la declaración de la renta se presentaba en mayo o en junio. Todo aquello carecía de importancia. Eran datos contingentes, paja administrativa. Lo único verdaderamente crucial, lo que garantizaba su cordura ante el mundo, era el mantenimiento estricto de los tres objetos sagrados.

Se había convertido en un especialista absoluto en la nada más ordenada.

V. El giro de la memoria

El desenlace sobrevino un martes de primavera, pocas semanas antes de que el calendario señalara el inicio del verano. Don Amadeo, que ya mostraba esa mirada fija y luminosa de los profetas o de los coleccionistas de sellos exhaustos, acudió a la cocina atraído por un olor inusual.

Felisa estaba sentada a la mesa, rodeada de papeles sueltos, recibos de la luz sin pagar y una taza de tila templada. Tenía los ojos empañados y una expresión de extravío que Amadeo no supo catalogar de inmediato en sus archivos de conducta.

—Amadeo —dijo ella con una voz rota, pequeña—. He ido al mercado. He llegado a la frutería y... no sabía qué iba a comprar. Me he quedado parada frente al mostrador. El frutero me miraba. Todos me miraban. No recordaba si quería verduras, o carne, o si la cocina seguía en su sitio. He tenido miedo, Amadeo. Mucho miedo.

El silencio se instaló en la cocina, denso y pesado como el granito. Don Amadeo miró a su esposa de toda la vida. Por primera vez en años, el andamiaje de su *Orbea* verde, el pulido de la plata de la abuela y la piel rugosa de la reineta se disolvieron instantáneamente en su mente, dejando espacio a una lucidez limpia, desprovista de clasificaciones.

Comprendió, con una punzada de ironía trágica y humor severo, que mientras él había pasado un lustro construyendo una fortaleza inexpugnable para proteger tres palabras vulgares, el enemigo real había entrado por la puerta trasera de la casa, silencioso y sutil, para llevarse los recuerdos de la única persona que guardaba la llave de la entrada.

Amadeo se acercó despacio, se sentó a su lado y le tomó la mano. No había rastro de pánico en sus ojos; solo la determinación del auditor que encuentra un error en el balance y se dispone a cuadrar las cuentas de nuevo.

—No te preocupes, Felisa —dijo con una ternura insólita, esbozando una sonrisa tranquila—. El papeleo está bajo control. A partir de hoy, yo llevo el inventario de los dos. Toma nota mentalmente: es una estructura muy sencilla. Solo necesitas tres herramientas para empezar el día.

Felisa lo miró, buscando un asidero en la tormenta de su cabeza.

—¿Qué herramientas, Amadeo?

—Una para viajar lejos —dijo él, apretándole los dedos—. Otra para saborear la vida. Y otra para morder el mundo. No necesitas recordar sus nombres; para eso estoy yo aquí.

Y por primera vez en cinco años, Don Amadeo olvidó por completo la bicicleta, la cuchara y la manzana, descubriendo que la verdadera memoria no consistía en retener los objetos del mundo, sino en saber exactamente a quién entregárselos cuando el mundo empezaba a desvanecerse.